

Tom Fernández

El caso del niño
que no quería
ser niño



Dragón Díaz
y el Club de $2 + 2 = 5$

ANAYA



Capítulo 1

LOS PÁRPADOS DE DRAGÓN aletearon perezosamente, como una mariposa cuyas alas ha hecho más pesadas el rocío de la mañana. Era jueves y Dragón se acababa de despertar. Los jueves eran simpáticos porque eran casi viernes, así que levantarse no daba tanta pereza.

Sin embargo, Dragón tenía una extraña sensación. Algo le decía que los jueves no eran tan simpáticos... Pero ¿el qué? Su mirada vagabundó por las paredes de la habitación y en el tablón de corcho que tenía sobre el escritorio pudo ver su horario escolar. Entonces se dio cuenta de qué era lo que le provocaba esa sensación. Los jueves a primera hora tenía... matemáticas.

¡Coliflores! Esas odiosas matemáticas siempre haciéndole la vida imposible. Pero más que las matemáticas, Dragón odiaba al griego que las inventó. Seguro que fue uno de esos griegos con un nombre raro que al pronunciarlo parece que te castañetean los dientes de frío. Y tan antipático que no tenía ni un amigo en toda Grecia. Por eso se aburría y un día le dio por empezar a sumar cabras o alpargatas o lo que hubiese por allí en la época griega. Y seguro que, mientras lo hacía, se reía porque sabía que había descubierto algo que haría la vida imposible a millones de niños. Dragón se juró a sí mismo no ir a Grecia jamás en la vida.

Estaba pensando en eso cuando oyó un estruendoso chirrido, como si un tren acabase de frenar bruscamente para no atropellar a una vaca despistada en mitad de la vía. Pero aquel frenazo había sonado en su cabeza y lo habían provocado sus propios pensamientos, que se habían dado cuenta de que aquella mañana no era como las demás. Aquella era la primera mañana después de haber creado el Club de $2 + 2 = 5$. Dragón Díaz ya no era un niño de nueve años cualquiera. Era un detective de niños raros y tenía una misión que cumplir, así que se levantó de la cama dando un brinco. Bueno, en realidad,

fue una voltereta. No, en realidad, fueron dos. No, no, en realidad, seguía en la cama. Era su cabeza la que daba volteretas sin parar, porque su cuerpo no se movió de la cama ni un centímetro. Y eso que los centímetros son de las cosas más pequeñas que hay en el mundo, sin contar a los milímetros, claro.

Dragón lo volvió a intentar. Pero lo único que consiguió fue un latigazo en la espalda. ¿Por qué narices no podía levantarse? ¿Qué es lo que le tenía atrapado en la cama la mañana más importante de su vida?

«Oh, oh», pensó Dragón intuyendo la catástrofe. Se acercó la mano derecha a la frente y la catástrofe se confirmó. «¡Coliflores! ¡Estoy malo!», gritó para sí mismo. Y debía de estar muy malo porque hasta su propio grito mental hizo que le retumbase la cabeza.

Cualquier otro día habría estado feliz de haber amanecido con un poco de fiebre, porque Dragón era uno de los niños que más sabían en el mundo acerca de ponerse malos. A base de esquivar las clases de matemáticas había llegado a desarrollar un método infalible para ponerse enfermo. Se le ocurrió un día que fue una señora al colegio a hablarles de las cosas que eran buenas para comer. Les dijo que si llevaban una

alimentación correcta a base de pescado, lentejas y cosas de esas, nunca se pondrían malos. Al principio, a Dragón eso le sentó como una patada en el trasero. ¿Por qué esa señora se empeñaba en que los niños no se pusiesen malos? Ponerse malo es lo mejor del mundo. Puede que no tengas fuerzas para imaginar aventuras, pero mientras estás enfermo, tu madre te cuida a lo bestia y no tienes que ir al colegio. Aquella señora del pescado y las lentejas le cayó mal, pero le dio a Dragón una idea. Pensó que si la comida buena te ponía bueno, entonces la comida mala te pondría malo. Pero ¿cuál era la comida mala? En realidad, no había comida mala... ¿O sí?

Dragón se puso a investigar. Una noche se levantó de la cama y se fue a la cocina. Abrió la nevera y echó un vistazo en su interior. Se dio cuenta de que su madre era igual que la señora de las lentejas y del pescado. En la nevera solo había comida para ponerse bueno: lechuga, zanahorias, tomates, yogures de los blancos que solo saben a yogur, huevos, limones... Dragón se quedó mirando fijamente toda aquella comida. Le recordó a los autobuses cuando llueve, llenos de gente apretujada, gente que va en silencio, con cara de no querer estar en el autobús con personas a las que no conoce de nada. A aquella

comida le podía pasar algo parecido. Porque... ¿alguien les había preguntado a esos alimentos si querían estar compartiendo la nevera? ¿Alguien le había preguntado a la lechuga si le caían bien las zanahorias? ¿O a los yogures si querían compartir su estantería con medio limón reseco? Así que Dragón miró fijamente a la lechuga a los ojos —aunque las lechugas no tienen ojos, saben cuándo las miras— y pudo detectar que no se sentía nada cómoda con los tomates. Todo el mundo da por hecho que las lechugas y los tomates se llevan bien porque se pasan el día juntos en las ensaladas. Pero no, no es así. Dragón descubrió que la lechuga no soporta a los tomates. La lechuga siempre está sola. Y los tomates tienen su pandilla de tomates, hablan de sus cosas y no hacen ni caso a la lechuga. Las zanahorias, sin embargo, se llevan bien con las lechugas porque también son algo solitarias. Aunque se llevan mal entre sí, pues las zanahorias son un poco estiradas y envidiosas. Las cebollas, sin embargo, tienen buen carácter y no le caen mal a nadie, pero son algo holgazanas y no hacen más que remolonear en la nevera. Sin embargo, lo que realmente le llamó la atención es que todos esos alimentos estaban de acuerdo en algo: odiaban a los yogures. Las lechugas, los tomates, las zanahorias y las

cebollas tienen que crecer en la tierra. Les llueve encima, les da el sol y los comen los bichos. Algunos llegaban a la nevera hechos una pena, de modo que la nevera era casi como estar de vacaciones. Pero los yogures llegaban siempre impecables y sin un rasguño. Y aunque los yogures blancos que solo saben a yogur eran unos engreídos, los peores eran los de sabores, sobre todo, los de fresa. Se creían tan especiales que no les caían bien ni a los yogures blancos.

Dragón ya tenía toda la información que necesitaba. Sacó la lechuga de la nevera e hizo lo que ella deseaba desde hacía años: darle su merecido a un yogur de fresa. Abrió el yogur y con una cuchara lo vació sobre la hoja de lechuga. Después envolvió la hoja sobre sí misma y se la comió. Inmediatamente sintió cómo en su boca empezaba la pelea. La lechuga le estaba dando una buena paliza a ese yogur engreído. Y de ahí se fueron a puñetazo limpio a su estómago. El resultado no tardó en llegar. Dragón se puso malísimo. Se metió otra vez en la cama y cuando su madre fue a despertarlo para ir al colegio ya estaba tan pálido que ella misma le dijo que no iba a ir al cole. Su plan había funcionado de maravilla.

Desde ese día perfeccionó su método para ponerse enfermo. Cada vez que quería ponerse



malo no tenía más que ir a la nevera y ver quién andaba por ahí. Organizaba peleas en su estómago entre las lentejas frías y la mostaza o entre un trozo de chorizo y una sardina rebozada. Esas sí que eran unas buenas peleas. Podían durar un día entero. Dragón se ponía malísimo, pero merecía la pena. Cualquiera cosa antes que ir al colegio y tener que dar clases de matemáticas.

Por lo tanto, ahora que se había puesto malo, lo único que debía hacer era utilizar su método pero al revés. Combinaría los alimentos que se llevaban bien para ponerse bueno. El ajo y el tomate son buenos amigos, confían el uno en el otro. Así que si le daba un mordisco a un tomate y se comía un ajo, ellos harían el resto en su estómago.

Dragón se levantó tambaleante de la cama y fue hacia la cocina. Cada paso era como intentar caminar en medio de un terremoto. No tenía mucho tiempo, sus padres se despertarían en cualquier momento.

Dragón abrió la nevera.

Dragón cerró la nevera.

En su rostro había dibujada una mueca de espanto, como si acabase de ver algo horrible. Y era verdad. Porque dentro de la nevera había una enorme, una odiosa, una insostenible... co-

liflor. «¡Coliflores, una coliflor!», pensó Dragón. No podía seguir adelante con su plan. No mientras esa asquerosa criatura estuviese dentro de la nevera.

Dragón volvió a su habitación convencido de que la primera coliflor del mundo había nacido en Grecia. Cogió su ropa y trató de ponérsela todo lo rápido que pudo, pero una cosa era lo que él quería hacer y otra muy distinta lo que su cuerpo le permitía. Todo le parecía extraño, como si estuviese flotando, como si fuese un fantasma.

—¡Coliflores! ¡Eso es! —exclamó para sí mismo, aunque en voz baja porque le dolía mucho la cabeza—. ¡La niebla de Rebeca me curará!